

INDICE

ESTUDIOS EN HONOR DEL PROFESOR JOSSE DE KOCK

reunidos por

N. Delbecque y C. De Paepe
con motivo de su jubilación



Leuven University Press
1998

La noción "Vestíbulo de la Historia" en el joven Miguel de Unamuno (Lectura de un artículo sobre Taine)

Antonio CHICHARRO

Universidad de Granada (España)

La preocupación de la Historia ha sido mi mayor preocupación

(Miguel de Unamuno, en 1932)

1. El artículo de Miguel de Unamuno objeto de mi atención, "Cómo se escribe y para qué sirve la historia", cuya dimensión historiográfica ("Cómo se escribe...") y orientación pragmática e instrumental ("para qué...") saltan a la vista ya en el título mismo, un título por cierto anchísimo e hipertrofiado en relación con el asunto de que se va a ocupar, apareció publicado en *El Porvenir Vascongado* de Bilbao, el 4 de junio de 1889, habiendo sido recuperado por Diego NÚÑEZ y Pedro RIBAS (1992:7-9) en su edición de artículos unamunianos de temas políticos y filosóficos, recuperación ésta con la que persiguen esclarecer importantes aspectos de la biografía intelectual y política del escritor, biografía que cuenta con diferentes asistencias teóricas e ideológicas que alimentan otras tantas posiciones políticas y filosóficas generales, contradictorias entre sí como es comúnmente sabido y ha venido siendo estudiado por la crítica, si bien sus planteamientos materialistas de juventud han llegado a proyectar contradictoriamente su larga sombra en ulteriores momentos de su vida hasta el punto de que hay estudiosos que llegan a buscar la causa de la angustia unamuniana en su "materialismo afectivamente reprimido", curiosa metáfora psicoanalítica empleada por Carlos PARÍS (1952:23). En todo caso, su posterior alejamiento del positivomaterialismo no eliminó su huella.

El artículo en cuestión constituye una excelente concreción de las tempranas posiciones ideológicas de estirpe positivomaterialista de Unamuno, posiciones afiliadas al horizonte de modernidad de su momento, horizonte antimetafísico de pensar constructivo cuyo modelo de ciencia, obviamente, dejó de ser operativo, constituyendo incluso un contemporáneo blan-

co de paja (EAGLETON, 1983:174). El artículo muestra bien a las claras, aparte del uso que nuestro joven autor comenzaba a hacer de la prensa como espacio de creación de opinión, de divulgación del conocimiento y directa acción a la postre política sobre los lectores, su abierta adscripción al materialismo positivista, marco que proporcionó la base científica de sus ideas socialistas (NÚÑEZ y RIBAS, 1992 : XXI-XXII; *cf.* MOYA, 1970; y CHICHARRO, 1994, para la cuestión de los aspectos originarios comunes del positivismo sociológico y del llamado socialismo real), constituyendo además una aportación a ese objetivo presente en el lema “conócete a tí mismo” que le llevaría muy especialmente por la vía del ensayo a indagar en la “psicología de nuestro pueblo”, tal y como habría de hacer pocos años después en sus conocidos artículos de 1895 de *La España Moderna* recogidos posteriormente en su famoso libro *En torno al casticismo* (1902), una manera de preocuparse por el ser y estar históricos de España.

Así pues, la aproximación a este artículo no sólo sirve para insistir concretamente en unas iniciales posiciones teóricas de nuestro autor, sino que puede ser empleado también para iluminar las posteriores referencias que hace de Taine en su fundamental ensayo “La tradición eterna”, con el que abre su influyente libro citado, así como para aclarar la presencia allí de ciertos presupuestos y categorías de perfil positivista en abierto diálogo con otros presupuestos socialmarxistas, tal como he tenido ocasión de analizar, sin olvidar la utilización taineana que hace de los paisajes regionales en apoyo y explicación de sus teorías (GONZÁLEZ EGIDO, 1991:18; *cf.* RABATÉ, 1993). En cualquier caso, el artículo resulta de interés, a pesar de que en algunos momentos pueda llover sobre mojado -ahí queda la inabarcable bibliografía sobre Unamuno-, por ser este texto signo del abierto proceso de formación racionalista de nuestro autor, en el que lo social e histórico centra su atención, aparte de ofrecerse como uno de los primeros síntomas de una preocupación constante por el problema de la historia (*cf.* LINAGE CONDE 1971, entre otros), preocupación que ha hecho de Unamuno *velis nolis* un historiador sin serlo y un precursor de cierta tendencia historiográfica sin habérselo propuesto abiertamente (LINAGE CONDE 1971, 129). Pero, además, resulta especialmente relevante por presentar, a raíz de su lectura de Taine y de su idea de medio, la noción de “vestíbulo de la historia”, adelantando de lo que posteriormente llamará “subhistoria” en su jugoso cruce de palabras responsables con el granadino Angel Ganivet.

2. El joven escritor e incipiente ensayista comienza su artículo, tras reconocer el carácter instructivo de la lectura de la ciencia histórica, ofreciendo un tan breve como informado panorama histórico de maestros de esta disciplina, panorama que hace culminar momentáneamente en la figura de Taine. A continuación, plantea, divulgativamente claro está, ciertas fundamentales cuestiones historiográficas, propugnando la indagación empírica de los hechos para hallar en los mismos, reducidos a sus elementos constitutivos más simples, su esencial universalidad. Al historiador, pues, le cabe la tarea de “desenmadejar la trama” a la hora de estudiar la psicología viva de los pueblos y “estudiar la evolución de los ideales, de los sentimientos y de las instituciones”. Unamuno aboga asimismo por una explicación histórico-evolucionista de los hechos que haga especial hincapié en el estudio de su ligazón y en el modo como se da la misma, lo que explica que asuma la necesidad de indagar en los factores teorizados por Taine de la raza y el medio, tal como se deduce de sus propias palabras: “Cuando se trata de estudiar la vida de un pueblo hay que conocer científicamente el teatro de los sucesos, el país, el clima, su influencia en la raza, luego ésta, qué es el actor, su constitución física y espiritual, su temperamento, su carácter, el medio además, los pueblos que le rodean, la acción de éstos”.

Parece quedar clara para él la necesidad de hallar, lo que resulta arduo, la esencia de la raza mediante el análisis empírico de su medio y de sus diversas formas de cultura, entre las que cita la cultura religiosa y la cultura literaria. En este sentido, propone como modelo de indagación histórica de la llamada psicología de los pueblos los primeros capítulos de *Historia de la Literatura Inglesa*, de Taine. Asimismo pone de ejemplo de estudio de la psicología de los personajes los capítulos de la *Historia de la Revolución Francesa*, del mismo Taine, destacando en particular el estudio que efectúa de Napoleón, donde afirma que aparece desnudo el hombre, esto es, limpio de toda leyenda.

Unamuno dedica la última parte de su artículo a reflexionar brevisísimamente sobre la investigación histórica en España, señalando que son muy pocos los que empiezan a entrar en esta corriente y que, en el caso concreto de Vizcaya, no se ha estudiado bien la influencia del clima y del medio en la raza, desconociéndose las diversas influencias recibidas, el período de formación de las instituciones, la verdadera raíz de las guerras civiles, concluyendo con una contundente afirmación que, a pesar de que podría interpretarse linealmente propia de materialismo determinista, resulta de mayor

vuelo dialéctico, como veremos : si bien, afirma Unamuno, tal como suele decirse, que las ideas mueven al mundo, “se olvida que hay algo que mueve a las ideas y que no es idea”, lo que debe resultar objeto de la científica indagación histórica.

3. Efectuadas las consideraciones preliminares y la breve descripción del artículo, plantearé algunas cuestiones relevantes suscitadas por la lectura del mismo, con atención particular a la noción de “vestíbulo de la historia”. Así, el hecho de que el joven Unamuno dedique su elogiosa atención a Taine, cuyas obras pone momentáneamente de modelo *científico* de estudio histórico-sociológico — no hace falta insistir demasiado en la importancia que le da ya al esclarecimiento del origen social de los sujetos (ZAVALA, 1991:16) —, muestra su juvenil deslumbramiento por el positivismo cuyo sistema de pensamiento calaba en abierto debate la vida universitaria y se extendía incluso por ciertos grupos de la sociedad española de aquel tiempo, tal como ha estudiado, entre otros, Diego Núñez en su libro *La mentalidad positiva en España*, de 1975. Corroboran esta apreciación ciertos trabajos puramente académicos del entonces opositor, algo a lo que se ha referido RIBAS (1994:113). Esto explica que opere con la idea positivista de ciencia, cuyo saber Unamuno considera orientado al progreso atribuyéndole una función instrumental, y abogue, al menos por el momento, por su proyección y empleo en las disciplinas humanísticas cultivadas en nuestro propio medio, ofreciendo, como hemos visto, un resumido programa de investigación histórica en el caso del estudio de su propia realidad vasca. De todos modos, para nuestro joven filólogo, es la historia la principal disciplina, estando en función de la misma el resto de estudios humanísticos. Así pues, según piensa, la filología no deja de ser una ciencia auxiliar de la historia y de la psicología individual y social cuyas funciones últimas deben ser civilizadoras (*cf.* Bustos TOVAR, 1976: 52-53). De todos modos, ya se sabe, Unamuno no fue por suerte un filólogo ni un profesor universitario conforme al modelo común europeo de su tiempo. El hecho de que operara con la idea positivista de ciencia, de que conociera incluso las aportaciones en el campo de la ciencia natural, no debe hacer suponer que fuera un “investigador técnico” de su materia, encerrado en la estrechez de los límites de su disciplina (PARÍS, 1952:13). Todo lo contrario. Unamuno se proyecta con pasión cognoscitiva y una intuición a flor de piel, la misma

que le hace dibujar ya la noción a que me vengo refiriendo, a la vida toda desde diversos frentes disciplinares, codisciplinarios y genéricos, lo que justifica su proyección y, con altibajos comprensibles, su duradero y poliédrico interés para un amplio espectro de lectores.

Otros aspectos relevantes del artículo, cuyo texto es temprano fruto de su larga obsesión por la *verdad* histórica, son los que se refieren a la idea de la historia como evolución y a esa sólo aparente concepción geográfico-determinista de la misma, lo que le lleva a proponer en concreto la investigación empírica y cuantitativa de las condiciones materiales de la existencia histórica o medio de la raza dejando de lado la consideración de todo holismo providencial, etc. En este sentido, conviene reparar en que la importancia que Unamuno concede a la investigación empírica del medio lo es en realidad en cuanto, así lo dice, “vestíbulo de la historia”. De ahí que se sienta fuertemente atraído por Taine (habrá ocasiones posteriores en que matizará tales elogios e incluso se mostrará abiertamente crítico) y en concreto por las páginas que dedica al medio natural de Inglaterra: “Allí, con la solidez de un pensamiento fuerte, nutrido de ciencia psicológica y sociológica, con la forma de un estilista de nervio y sin hojarasca, se siente un clima, sube de las páginas de la niebla fría de Inglaterra, se ve vivir una raza y del menudo de los hechos brotar un pueblo que palpita en las páginas muertas” (UNAMUNO, 1889). En cualquier caso, el estudio del medio está en función de la búsqueda o reconstitución de la “síntesis”, de la razón que explica la ligazón y sucesión de los hechos históricos (de igual modo que el estudio de las ideas está en función del conocimiento de lo que las mueve y que no es idea, esto es, de la organización social). Así pues, nuestro joven escritor opera ya con la noción de lo que ahora nombra con el sintagma “vestíbulo de la historia” y hacia final de siglo llamará con el neologismo de “subhistoria”, tal como puede leerse en su correspondencia con Ganivet recogida por Manuel García Blanco en su edición de las *Obras Completas* (UNAMUNO, 1958-1961, IV:994-995). Con tales denominaciones, señala nuestro autor la relevancia que tiene el medio físico preexistente en la vida histórica, señalando ya en el artículo sobre Taine el básico condicionamiento físico previo que representa “el mar y la montaña”, esto es, las condiciones de movilidad frente a las de sedentarismo, lo que puede traducirse en respectivas actividades de comercio y pastoreo, etc., idea ésta que recorrerá otros textos suyos posteriores, puramente reflexivos cuando no de creación (LINAGE,

1971, 119-123, trata este aspecto y aporta algunos testimonios y textos unamunianos inequívocos para una cabal interpretación).

En este proteico artículo late una concepción no torpemente determinista de la historia, por cuanto propone la necesidad de estudio del medio en cuanto se halla constituido por elementos físicos largamente estables que resultan, más que determinantes, relevantes para la organización económica y la vida social de los pueblos, pues siempre estarán a merced de la intervención humana y más exactamente de la organización social que todo lo mueve. De ahí que hable en el artículo de su "influencia en la raza" y de ahí también que se refiera a la misma como el verdadero "actor" de la historia. Prueba también de su apertura dialéctica viene a ser su propuesta de estudio no de los hechos superficiales, sino del "modo de entender" (expresión que podría equivaler a la más frecuente y fecunda de "visión del mundo" y/o ideología, teorizadas contemporáneamente por sociólogos dialécticos y teóricos marxistas), la religión, la vida, la literatura, etc. : "Aquí — escribe Unamuno — el mar y la montaña, el temperamento dominante en la raza, su educación, su modo de entender la religión y la vida, su literatura genuina y propia; todo esto es el obligado bagaje de elementos para reconstituir la síntesis". Por tanto, lo que viene a proponer es el estudio riguroso del "vestíbulo de la historia" — geografía, clima, etc. — y de las visiones del mundo en función de una comprensión de la síntesis de la historia. Estas posiciones historiográficas del joven filólogo y escritor, a pesar del cientificismo que respiran, posiciones de gran desarrollo posterior por cierto en el siglo que ahora acaba, *atraviesan* el modelo de Taine, yendo más allá de su imitación, al superarlo con graves intuiciones más tarde rumiadas reflexivamente, lo que nos permite hablar de *este* joven Miguel de Unamuno como un pensador de estirpe materialista que evita caer en el economicismo, sin despreñar la importancia de la economía en el proceso dialéctico de la historia, y en el positivismo determinista más romo. Esta afirmación nos ayudará a interpretar más cabalmente la contundente reflexión materialista con que concluye el artículo que nos ocupa y que ofrece en los siguientes términos : "Las ideas mueven al mundo, se dice, y se olvida que hay algo que mueve a las ideas y que no es idea". Ese algo no es otra cosa que la "organización social" dinámicamente entendida, tal como dejó escrito en su correspondencia con Ganivet (Unamuno, *ibidem*).

Llegados a este punto, son muchas las cuestiones que, a propósito de tan sustancioso artículo, podrían ser comentadas. No obstante, la disponibi-

lidad de espacio nos limita en nuestro propósito. He de terminar. Ahora bien, no olvide el lector que esta reflexión materialista sobre el “vestíbulo de la historia” constituye un paso importante en la marcha unamuniana hacia la fundamental idea de “intrahistoria”, que no “subhistoria”, con la que señala en la dirección de lo que permanece estable no en un sentido físico material y empírico : el inconsciente de la historia, la tradición eterna de la humanidad, aquello común sobre lo que se moldean las formas diferenciales históricas. El artículo sobre Taine, basado en una filosofía positivomaterialista de la historia, constituye un primer paso en ese paradójico proceso reflexivo unamuniano que nutrirá una agónica filosofía de la temporalidad. Proceso pleno de intuitivas metáforas epistemológicas que llenan de vestíbulos y de mares las herramientas para nuestra comprensión de lo que pueda ser la realidad histórica.

Referencias bibliográficas

- BUSTOS TOVAR, E. DE (1976) : “Prólogo” a *Novela*, de Miguel de Unamuno, Barcelona, Noguer, 11-97.
- CHICHARRO, A. (1994) : “La teoría de la crítica sociológica”, en AULLON DE HARO, P., ed. *La teoría de la crítica literaria*, Madrid, Trotta, 387-453.
- CHICHARRO, A., ‘De una reflexión historiográfica y propuesta de acción histórica unamunianas (De nuevo sobre ‘La tradición eterna’ al calor de su centenario)’, en prensa.
- EAGLETON, T. (1983) : *Una introducción en la teoría literaria actual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- GONZALEZ EGIDO, (1991) : “Introducción” a Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 9-27, undécima edición.
- LINAGE CONDE, A. (1971) : “Unamuno y la historia”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XXI, Universidad de Salamanca, pp. 103-156.
- MOYA, C. (1970) : “El positivismo y los orígenes de la sociología”, en *Sociólogos y sociología*, Madrid, Siglo XXI, pp. 13-47.
- NUÑEZ, D. (1975) : *La mentalidad positiva en España. Desarrollo y crisis*, Madrid, Túcar.
- NUÑEZ D. y RIBAS, P. (1992) : *Unamuno : Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)* : Madrid, Fundación Banco Exterior, colección Investigaciones.
- PARIS, C. (1952) : “El pensamiento de Unamuno y la ciencia positiva”, *Arbor*, XXII, 77, mayo, pp. 11-23.

- RABATÉ, J.-C. (1993) : "Les hauts lieux salmantins de Miguel de Unamuno (1891-1902)", *Ibérica*, Nouvelle Série, 2, Université de Paris-Sorbonne, pp. 239-248.
- RIBAS, P. (1994) : "Unamuno lector de Hegel", *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, XXIX, Universidad de Salamanca, pp. 111-121.
- UNAMUNO, M. de (1889) : "Cómo se escribe y para qué sirve la historia", *El Porvenir Vascongado*, Bilbao, 4 de junio; en NUÑEZ D. y RIBAS, P. (1992) : pp. 7-9.
- UNAMUNO, M. de (1958-1961) : *Obras Completas* (edición de M. García Blanco) : 16 vols, Madrid, A. Aguado.
- ZAVALA, I. M. (1991) : *Unamuno y el pensamiento dialógico*, Barcelona, Anthropos.